



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Edgardo Íñiguez
Universidad de Guadalajara
edgardo.ir@gmail.com

Espacialidad, violencia y pérdida. Ansiedad espacial en *Niebla ardiente* de Laura Baeza

Spatiality, Violence and Loss. Spatial Anxiety in *Niebla Ardiente* by Laura Baeza

Resumen

El presente texto propone un acercamiento a la ansiedad espacial en *Niebla ardiente* (2021), de Laura Baeza (Campeche, 1988). Las formas de entender los espacios públicos y privados por parte de Esther, protagonista de la novela, ponen de manifiesto el sufrimiento del personaje ante una experiencia traumática. Desde la perspectiva de los mapas de la literatura de Franco Moretti y la visión de estratos de la geocrítica de Bertrand Westphal, se analizan maneras en que los sedimentos de los lugares que ocupa se vinculan con la memoria del personaje. Esta suerte de espacialización de los recuerdos se articula, al menos, en una multitemporalidad relacionada con la violencia. Dicha organización del espacio-tiempo en el texto colabora a modelar una poética del dolor en torno a la pérdida y el duelo.

Palabras claves

narrativa mexicana contemporánea, narrativa escrita por mujeres, geocrítica, ansiedad espacial, violencia.

Abstract

This paper proposes an approach to spatial anxiety in *Niebla ardiente* (2021), by Laura Baeza (Campeche, 1988). The ways of understanding public and private spaces by Esther, protagonist of the novel, reveal the character's suffering in the face of a traumatic experience. From the perspective of Franco Moretti's literary maps of literature and Bertrand Westphal's vision of strata, the text analyzes the ways in which the sediments of the places she occupies

are linked to the character's memory. This sort of spatialization of memories is articulated, at least, in a multitemporality related to violence. This organization of space-time in the text helps to model a poetics of pain around loss and mourning.

Keywords

Contemporary Mexican Narrative, Narrative Written by Women, Geocriticism, Spatial Anxiety, Violence.

Introducción: ansiedad espacial

Las nociones de lugar y de territorio remiten a una construcción compleja y multitemporal de los espacios habitados. Ambos términos condensan significados propios de las experiencias, hábitos, capas de memoria y discursos que se sedimentan en las cartografías. De manera similar que los textos literarios o que cualquier otra práctica humana, son susceptibles de interpretación, (Tally 8). De acuerdo con Robert Tally Jr., mapear los lugares es esencial para los individuos en cuanto a que nos permite orientarnos e imaginar una posición de cara a otros sujetos y con respecto a una realidad más amplia, el pensamiento o el ser (16).

Los proyectos cartográficos, como parte de la producción del espacio y de otros procesos como la configuración del yo en los planos político o estético y el sentido de pertenencia, se sitúan al centro de la vida humana y cambian de acuerdo con las formaciones históricas y sociales en vigor de cada época (Tally 19). Este hecho se pone de manifiesto en aspectos que pasan por las relaciones de poder y las clases sociales, pero también por un razonamiento apriorístico, los temores o los deseos individuales, por mencionar algunos ejemplos. En otras palabras, se muestran en las formas en que las narraciones contribuyen a modelar los espacios que percibimos y habitamos hasta convertirlos en lugares, hasta dotarlos de significados, costumbres, subjetividades. Así pues, en el espacio se establecen vínculos mutuos entre las maneras de entender y de ocupar una parte del mundo – tanto en lo individual como en lo colectivo– y el lenguaje que utilizamos para referir tales vivencias.



Las consideraciones señaladas permiten suponer, en consonancia con Fredric Jameson, que “no puede haber mapas verdaderos” (84) en lo que respecta a una mimesis estricta a causa de las atribuciones de sentido que recaen en cada territorio. Por el contrario, ante la artificialidad, lo ficticio y la inestabilidad de los mapas, la capacidad de aprehender estos últimos está sujeta, de alguna forma, a las tareas de crear, de revisar y de producir de manera constante las representaciones cartográficas (Tally 23). Dichos procesos en los que se construyen los espacios se diferencian, adquieren jerarquías y sentidos a través de narrativas que, de igual manera, dependen de interpretaciones y de los puntos de vista de quienes observan, ocupan o enuncian elementos de los lugares.

En las siguientes páginas, propongo un acercamiento a la ansiedad espacial en *Niebla ardiente* (2021) de Laura Baeza (Campeche, 1988). Las formas de aprehender el espacio y las prácticas espaciales de Esther, protagonista de la novela ponen de manifiesto los afectos del personaje, en particular, la experiencia traumática de perder a su hermana. Desde la perspectiva de los mapas de la literatura de Franco Moretti y la visión de estratos de la geocrítica de Bertrand Westphal, analizo maneras en que los sedimentos de los lugares que ocupa se vinculan con la memoria del personaje. Esta espacialización de los recuerdos se articula en torno a la violencia y colabora a modelar una poética del dolor en torno a la pérdida y un duelo que no puede ser a falta de un cuerpo que velar.

La primera novela de Laura Baeza confiere una importancia relevante a los espacios humanos que habitan los personajes. El texto entretiene narraciones en primera y en tercera persona. Con una estructura *in media res*, relata los recuerdos de infancia de Esther en compañía de Irene, su hermana menor; Rebeca, la madre y Humberto, un padre ausente, en un pequeño pueblo de Veracruz. Tras el divorcio de la pareja, los tres personajes femeninos se instalan en la Ciudad de México. Al poco tiempo de llegar, Irene tiene ataques y le diagnostican esquizofrenia. Después de uno de los episodios más graves, su salud mental se complica y deciden internarla en una clínica para que reciba tratamiento. Irene escapa de dicho centro y, al poco tiempo, la policía asegura que la encontró en una fosa, junto con –o,

mejor dicho, entreverada con— los restos de otras siete chicas que fueron asesinadas. La familia no puede identificar el cuerpo. Esther se postula para un trabajo de traductora en una editorial y se instala en Barcelona. La madrugada del 1 de enero de 2013, mira en la televisión un recuento de 2012 en un canal de contenidos latinoamericanos. En escenas de una manifestación agraria en el centro de México, tiene la impresión fantasmal de ver a Irene entre los personajes inconformes. La protagonista, ayudada por un par de periodistas, emprende la búsqueda de su hermana muerta.

Tally define la “ansiedad espacial” como una sensación que se “[asocia] con estar perdido, algo así como la angustia que acompaña a la condición existencial à la Heidegger y Jean-Paul Sartre, trae consigo una consciencia visceral del lugar y el espacio que, de otro modo, podría darse por sentado o dejarse a salvo, escondida en el subconsciente”¹ (16, énfasis en francés en el original). Este tipo de ansiedad conlleva una sensación de desconcierto, puede generar incomodidad, sentimientos de miedo, de odio o la impresión de estar perdido a nivel simbólico, incluso si se trata de lugares familiares con los que se entablan relaciones conflictivas (Tally 45). Aunado a esto, la ansiedad de la que habla el autor estadounidense se compone de niveles supeditados a los emplazamientos, a las situaciones históricas, sociales y espaciales de los individuos y, a nivel de representación artística, de los personajes que participan en un texto.

El desasosiego, los acercamientos desde un punto de vista pasional en torno al espacio por encima de los que pueden ejercer la simple mirada o la racionalidad revelan experiencias de carácter íntimo y relativas al cuidado —o, en este caso, a la falta de cuidado— de los personajes. Esther desarrolla una forma de imaginación espacial que toma como punto de partida la herida abierta del supuesto feminicidio. A partir de la noticia del brutal asesinato de Irene, el personaje modifica la mentalidad que tenía en torno a diferentes lugares, en particular, la Ciudad de

¹ A menos que indique lo contrario, las traducciones libres de textos en francés o en inglés son propias.

México y algunos estados colindantes. Las formas en que la protagonista se representa el espacio vinculan los lugares, los objetos ahí contenidos y la vida de todos los días con las formas de pensar y de dar sentido a los acontecimientos que conforman las experiencias personales. Esta poética centrada en los espacios y en el dolor enfatiza el malestar y la ansiedad espacial en términos cartográficos, sobre todo, los recuerdos y las afectividades contenidas en los lugares que ambas hermanas frecuentaban antes del internamiento y la desaparición de Irene. La narradora en primera persona genera una tensión entre los puntos de la Ciudad de México donde se tejían los vínculos entre los dos personajes y las memorias traumáticas. Poco tiempo después de la muerte de la hija menor de la familia, Esther hace un recuento de las actividades que disfrutaba con ella y que dejaron de tener sentido o, mejor dicho, que adquieren sentido únicamente en relación con un duelo imposible y con la pérdida. Dicho aspecto se evidencia a manera de una prohibición autoimpuesta por la protagonista a fin de evitar el sufrimiento que produce la ausencia:

Comencé a pensar en el montón de sitios a los que difícilmente volvería. [...] Una puede ignorar esos sitios, los especiales a donde se va de vez en cuando, pero huir de los cotidianos es imposible. ¿Cómo evitar el metro Eugenia o las bibliotecas? ¿Se traza un mapa o se encierran en él con círculos rojos los lugares que provocan un dolor agudo en el estómago solo de pasar cerca porque hacen pensar en lo que ya no se tiene? (Baeza 198)

El tipo de fuerzas a las que se enfrenta Esther en el espacio, tanto a nivel personal como en la sociedad de la que forma parte, pone de relieve las formas de dar sentido a los lugares por vía del desasosiego, el dolor y el duelo. Los sitios donde generó memorias con Irene permanecen iguales; no así las formas de experimentarlos de la protagonista: “Luego de la pérdida de mi hermana la ciudad se me hizo insoporable” (Baeza 198). Así pues, la ansiedad espacial, el hecho de sentirse perdida, de no encontrar un sitio que le dé sosiego, se inscribe en lo que

Tally identifica como topofrenia, es decir, en una omnipresente mentalidad de los lugares que infunden la experiencia subjetiva (19). En el caso de Esther, las sensaciones en el espacio recalcan el malestar, la inquietud y el descontento. Tales aspectos organizan la novela en torno a una violencia que adquiere diferentes densidades, mayor o menor importancia, de acuerdo con los espacios a los que se refieren las dos voces narrativas y los diálogos de otros personajes.

Ansiedad espacial y violencia

A decir de Franco Moretti, la geografía es un aspecto fundamental en la invención literaria. Funciona como una fuerza activa que determina los géneros, las tramas, aun las expectativas del público lector. En esta idea subyace una posibilidad que ha señalado Robert Tally a partir de su lectura de la teoría de Bertrand Westphal, a saber, que toda escritura es una forma de cartografía. Los mapas más realistas no representan *realmente* el espacio, sino un ovillo de relaciones complejas, de la misma forma que la literatura e, incluso, eso que denominamos la experiencia humana (Tally 36). Así pues, la relación entre geografía y literatura destaca un rasgo fundamental de los mapas: la capacidad de establecer líneas y vínculos entre un espacio y un fenómeno determinados (Moretti 5).

El texto de Laura Baeza expresa inquietudes similares y entra en diálogo con *El invencible verano de Liliana*, de Cristina Rivera Garza y *El libro de Aisha*, de Sylvia Aguilar Zéleny, dos libros publicados en México el mismo año² que *Niebla ardiente* y que giran en torno a la violencia de género en contra de las mujeres. Las obras de las autoras tamaulipeca y sonorenses fluctúan entre lo autobiográfico y lo autoficcional, señalan, respectivamente, el feminicidio y el intento de este último durante el noviazgo y el matrimonio de las hermanas de

² Si bien el texto de la autora sonorenses fue publicado en España en 2018 como parte del proyecto editorial Enjambre literario, llegó al mercado mexicano en 2021.

sendas autoras. Estas escrituras señalan los efectos de la masculinidad hegemónica, entre los cuales podemos mencionar comportamientos agresivos atribuidos de forma connatural a los cuerpos de los hombres y que se reproducen en prácticas, discursos y representaciones (Connell 73). Sin el componente de las narrativas del yo, la novela de Baeza representa el mismo tema y un tipo de violencia –de igual manera, sistémico– relacionado con la acumulación de capital que tiene su base en la muerte y en una economía criminal caracterizada por la espectacularidad y el alto grado de crueldad en el derramamiento de sangre.

De forma hipotética, la policía del Estado de México habría encontrado el cuerpo de Irene junto con el de otras mujeres jóvenes cerca de una carretera. Tales personajes zanján la desaparición sin pruebas contundentes ni dejar a Esther, Rebeca o Humberto ver los restos de su hermana o su hija. Se limitan a entregar la ropa que habría llevado puesta la víctima cuando fue extraída de la fosa. La atribución de los asesinatos a problemas relacionados con el crimen organizado, en particular, a la trata de personas y a la prostitución, muestra, a nivel discursivo, los lazos que se tejen entre la violencia y la acumulación en grandes territorios del país, es decir, a un capitalismo que hace de la muerte una forma mercantilismo:

[...] habían hallado una fosa con los restos putrefactos de ocho personas. Mi hermana estaba entre ellos, eran mujeres que acababan de huir de una red de prostitución. En México eso es lo de todos los días. Poca gente sabe lo que significa no dormir tranquilo mientras tu hijo, tu esposo o tu hermana están desaparecidos. No, mejor dicho: en mi país muchos conocen esa sensación, son más con el paso del tiempo, es nuestra pandemia, pero es como si no importara. (Baeza 42)

La novela alude a un escenario necropolítico. En este último, hay un estado de excepción –una suspensión en el funcionamiento de las normas de seguridad– que se vuelve cosa de todos los días; lo humano es prescindible y el mayor ejercicio de soberanía en un territorio corresponde a una organización y un ejercicio del

poder particulares. En efecto, la representación del espacio del centro de México se puede comprender en la unión de los dos sentidos etimológicos del concepto territorio: la implementación y el funcionamiento del poder –el *territorium*– actúan junto a *terrere*, al principio de infundir terror, asustar, atemorizar (Ramírez Velázquez y López Levi 129-29 y Lévy 175). En este caso, podríamos decir junto con Achille Mbembe, que la soberanía en el texto consiste en ejercer control sobre la mortalidad y considerar la vida en tanto que despliegue y manifestación de poder (Mbembe 20) y, a partir esta idea, determinar las vidas que vale la pena resguardar y las que pueden ser aniquiladas debido a que no son consideradas dignas ser vividas, aun de guardar duelo por ellas.

Los personajes femeninos tienen un lugar fundamental en esta lógica de acumulación por vía de la explotación del cuerpo y del derramamiento de sangre. Silvia Federici vincula la expropiación y la pauperización con un ataque permanente a las mujeres (22). Rita Segato va más allá y señala que ha habido un movimiento histórico en la guerra y estamos ante una transformación sustantiva que trae consigo actualizadas formas bélicas. En el espacio representado sobresalen dos elementos que señala la autora argentina como propios de estas nuevas guerras: la actividad tanto de poderes estatales como paraestatales y un cambio semántico que deriva en una concepción diferente de las mujeres. Desde las guerras tribales hasta las que tuvieron lugar en el siglo XX, los cuerpos habían sido tratados como una extensión de los territorios conquistados, se podían violar e inseminar. Esa práctica ha mutado: los cuerpos padecen crueldad extrema, expoliación hasta el último momento de la vida y tortura hasta la muerte; deja de ser un efecto colateral para convertirse en un objetivo específico de guerras que no buscan la paz ni tienen fin (57).

Esta pandemia que se inscribe en cuerpos y territorios está de manifiesto cuando Octavio, un periodista con experiencia en crimen organizado, se entrevista con Ángel, activista chiapaneco que lleva años viviendo en Tlaxcala. El propósito es buscar información sobre Irene y las otras chicas:

El trabajo parece simple. No las salva de la esclavitud sexual, pero ayuda a que sus familias den con ellas cuando organismos internacionales logran rescatarlas, si la policía las agarra, si fallecen o deben ir a una clínica. Estos cuates hacen toda la chamba, porque la policía está metida hasta el fondo, comenzando por hacerse pendejos. Es un caso de éxito si las encuentran con vida, la mayor parte de los hallazgos son una vez que aparecen muertas. (Baeza 138)

La protagonista establece relaciones con territorios de algunos estados del centro del país –Tlaxcala, Hidalgo y el Estado de México– a partir de interpretaciones que ponen de relieve las subjetividades y las narrativas que generan los personajes, es decir, por vía de un plano simbólico. Los desplazamientos se deben a la violencia y determinan formas de comportamiento y de ocupación de los espacios basadas en el miedo de un grupo social frente a las prácticas de acumulación. Los sedimentos a los que alude el texto están relacionados con la historia reciente del país, marcada por los efectos de un capitalismo que toma como base la necropolítica y que señala acciones de la sociedad civil como medio de organización ante una ineficacia planificada o que, al menos, forma parte de la estrategia de un poder hegemónico. La gestión de la muerte es el fundamento de la soberanía y de la acumulación. Esta violencia generalizada alcanza y se impone en todas las esferas de la experiencia y se intensifica en el caso de las mujeres. Los feminicidios evidencian un territorio en crisis, donde la protección y la seguridad no están garantizadas; el horror y las acciones de grupos del crimen organizado, sí.

El espacio del centro de México, como sinécdoque de país –o, de acuerdo con el texto, como lugar donde estas prácticas se acentúan–, se ha transformado en una necrópolis, en un gran cementerio. Después de una pesadilla en que ve a sus hijas y a su mujer en la plancha del médico forense, Octavio se dice: “en México ya solo se escarba para enterrar y desenterrar cuerpos” (Baeza 136). Esta representación visceral del espacio está ligada a acontecimientos traumáticos de aquellos que han perdido a alguien cercano. Los sedimentos de los espacios remiten



a la lúgubre figura de una gran fosa común en la que los cuerpos se confunden y resulta imposible identificarlos.

Ansiedad espacial y estratos

Los lugares y los territorios del texto se pueden comprender a partir de la noción de estrato. Para Bertrand Westphal, la representación de un espacio se conforma en el entrecruzamiento de puntos de vista heterogéneos, en la proliferación de centros focales, en la oscilación del sistema de referencia. La relatividad de los espacios se extiende hasta el plano temporal –entendido como la cuarta dimensión del espacio– en, al menos, dos vertientes, la sincrónica y la diacrónica. En cuanto a la primera, un mismo instante asume valencias diferentes de acuerdo con quien lo experimenta en función de regímenes temporales propios, de un grupo social o de una cultura (223). La segunda, por su parte, convoca una pluralidad de momentos que confluyen en el presente: “El espacio se sitúa en la intersección del instante y de la duración; su superficie aparente reposa sobre estratos de tiempo compacto escalonados en la duración y reactivables en todo momento. El presente del espacio se compone con un pasado que aflora en una lógica estatigráfica” (223).

La perspectiva diacrónica aludida convoca una pluralidad de tiempos que subyacen y que tienen impacto en el momento de las maneras en que se capta de cualquier espacio. La interpretación de los lugares de un texto pasa por entender la profundidad diacrónica evocada, es decir, por identificar y “leer” las curvas temporales a las que hace referencia, sometidas, estas últimas, a leyes específicas de la historia de cada espacio, a ritmos asincrónicos en convivencia que vuelven compleja la representación (Westphal 225). Dicha estratigrafía en que “la profundidad parece emerger” (228) amalgama temporalidades y lugares; textos y discursos en la interpretación; revela las diferentes capas de significado, de vivencias, de sucesos históricos o personales que se condensan en los espacios.

Los estratos, las capas espacio-temporales de los territorios que conforman el centro de México en la novela tienen la fuerza de sacar a la luz una cierta gramática de la violencia, de mostrar el funcionamiento de esta última en coordenadas espacio-temporales. Desde las perspectivas de Esther y de Octavio, dicha violencia desensibiliza a niveles material y lingüístico. Esta violencia que se ve como un fenómeno normal en la sociedad se traduce en indiferencia ante el dolor ajeno. Se trata de una violencia feminicida que parece ya no asombrar a nadie. No obstante, esta forma de relacionarse con el espacio-tiempo de una fosa común contiene y modela los temores, las esperanzas y las prácticas espaciales. Las palabras del personaje masculino en torno a la acción de escarbar denotan una incertidumbre que fluctúa entre estas dos expresiones de la afectividad, entre las posibilidades de que la hermana de Esther siga viva y la imposibilidad de velar un cuerpo y de pasar por el proceso de duelo. Lo que dicen a la familia en la morgue va en el mismo sentido. Esther relata: “La policía dio por hecho que Irene estaba ahí, hubo una prueba a medias y se cerró el caso, aunque no nos dejaron ver los restos, ni siquiera la ropa que le correspondía, solo nos entregaron las cenizas de lo que quedó de ella” (Baeza 42).

En lo relativo a esta violencia sistémica, la espacialización de la angustia de la protagonista viene de la experiencia por la que habría pasado Irene –y, con ella, otros personajes, otras voces– en lugares donde el crimen organizado hace de la muerte la vía cotidiana para el ejercicio del poder. En esta forma de dar sentido al espacio destacan dos aspectos que remiten a una comprensión a partir de estratos o de sedimentos; a partir de discursos que se inscriben en los sitios. Por una parte, la comprensión del tiempo, las curvas temporales del territorio narrado son diferentes para personajes femeninos y masculinos. Esta asincronía del presente genera el efecto de ocupar dos territorios diferentes a la vez, o bien, de estar en dos temporalidades que conviven en el mismo territorio. En una descripción de los hábitos de Octavio desde que se instaló en el centro del país, leemos:

[...] no salía a cubrir ningún evento, no le interesaba andar por las calles de Toluca o del Estado de México recogiendo basura periodística de las cloacas, entre mariguanos, golpeadores y narcomenudistas porque debía seguir con el bajo perfil, así que en la dirección del diario, donde se le apreciaba sobre manera como para haberle dado cabida cuando su nombre fue tachado con rojo, lo dejaban hacer. También se tomaba sus licencias, porque, pese a las amenazas de muerte que lo sacaron de su ciudad natal, aún conservaba contactos y buenas amistades que le ayudaban por lo bajo a conseguir información. (Baeza 52)

El personaje se vio obligado a abandonar Veracruz, su estado natal, a dejar de lado la nota policiaca y a escribir sobre deportes debido a las amenazas de muerte que recibió por parte del crimen organizado. Así pues, el texto establece una relación de causalidad entre los artículos periodísticos que publicó y el desplazamiento a causa del riesgo de que él o las integrantes de su familia fueran ejecutadas. En un sentido opuesto, las mujeres asesinadas son solo personajes femeninos que ocupaban espacios públicos y, a partir de esta acción, fueron secuestradas, prostituidas, torturadas y aniquiladas. Cuando la familia de Esther llega a recibir las cenizas de Irene, uno de los personajes afirma: “Mujeres al fin y al cabo. Que su hija se haya salido de un centro de rehabilitación no significa que no pudiera caer en lo mismo, es más, su condición la vuelve más vulnerable” (Baeza 190). El texto plantea así violencias de distintas intensidades, distribuidas de acuerdo con dimensiones del hacer o del ser para personajes masculinos y femeninos respectivamente.

Por otra parte, a decir de Franco Moretti, la geografía es el fundamento de formas narrativas específicas (42). La representación literaria del espacio del centro de México en *Niebla ardiente* es la base de una escritura de la violencia. Esta hace las veces de motivación del texto y revela elementos de la lógica y las prácticas del capitalismo tardío, entre las que alude a fenómenos particulares del país, como los colectivos de madres buscadoras o el miedo generalizado de la sociedad, y otros de

mayor amplitud, tales como la comercialización y la posterior destrucción de los cuerpos femeninos; la interpretación de este fenómeno como un objetivo en sí y no como un daño colateral del mercantilismo. La vulnerabilidad que padecen los personajes femeninos en ese espacio pone de manifiesto cambios en el sistema económico, los alcances de un territorio que excede el espacio material para instalarse en las consciencias de los personajes –o, en sentido inverso, la atribución de prácticas en un espacio–, lo político en lo relativo a las posibilidades de acceder al espacio público de acuerdo con el sexo biológico y las representaciones de género, las nociones de Estado y de las fuerzas que ejercen el poder, por mencionar algunos de los aspectos más relevantes que determinan las experiencias en lugares marcados por el conflicto.

La espacialización de la violencia en el texto muestra el fortalecimiento de los grupos del crimen organizado, el debilitamiento del Estado, una violencia extrema en contra de las mujeres y la operación de grupos policíacos y de fuerzas paraestatales en un mismo territorio. Estos fenómenos que se inscriben en el plano de la vida pública determinan los propios de las experiencias íntimas. En otros términos, dicha espacialización da fe de las formas en que los fenómenos colectivos, como la violencia sistémica, se inscribe de forma íntima en los espacios ocupados y las atribuciones de sentido que reciben estos últimos por parte de los personajes. La narración sobre los fenómenos de la desaparición forzada y los feminicidios genera diferentes focalizaciones, en la voz de Esther, de carácter más personal; en la de Octavio, con cierto nivel de distanciamiento de lo referido. Sin embargo, ambas formas enunciativas comparten el dolor, se conduelen, es decir, se duelen de manera conjunta. La ansiedad espacial, la forma en que el espacio concentra la memoria de acontecimientos traumáticos en el texto forma parte de una poética del dolor.

De acuerdo con Robert Tally: “[...] un lugar es solo un lugar debido a las formas en que, individual y colectivamente, organizamos el espacio de tal manera que marquemos los *topos* como especiales, para diferenciarlo de los espacios que lo rodean y lo infunden” (73 énfasis en el original). La ansiedad espacial de la

protagonista está presente, pues, tanto en los espacios íntimos como en los sitios donde se desarrolla la vida cotidiana. Esto se extiende a los lugares de paso, a las carreteras por las que viaja para tener noticias de su hermana: “Todo el trayecto desde la casa hasta Toluca hubo un silencio espectral, como si ya nadie tuviera que decir algo” (Baeza 189). El punto de vista sobre los acontecimientos relativos a Irene interviene en el modelaje de los espacios. A la vez, otros espacios colindantes o cercanos a esos lugares entran en juego en los desplazamientos semánticos de la cartografía, en las significaciones que esta última adquiere en temporalidades diferentes de la narración.

A manera de cierre: ansiedad y dislocación

La breve cartografía de la ansiedad expuesta genera una imagen comprimida del mundo y muestra las relaciones que se establecen con los lugares tanto en lo individual como en lo colectivo. Las experiencias traumáticas, las formas de dar sentido a los espacios humanos, la atribución de cualidades afectivas y a la posibilidad de duelo responden, más que a una hipotética objetividad de los lugares o a cualidades intrínsecas de estos, a una semántica espacial, a una espacialización de la memoria. Estos vínculos dinámicos entre los lugares y las formas de habitarlos generan mapas personales que no responden a principios cartográficos fijos ni a una racionalidad cartesiana, sino a movimientos de carácter simbólico, a atribuciones en relación con la pérdida, más que a las condiciones materiales o intrínsecas del espacio. A la vez, abren vectores, rutas, formas de estar en el mundo a partir del miedo, el hastío y la sensación de angustia de la protagonista, aun en los sitios en que se desarrolla la vida cotidiana.

Las capas temporales que componen los mapas de la novela aluden a fenómenos recientes de México, sobre todo, a la construcción de espacios desde los puntos de vista de los personajes. Los estratos que componen cada espacio afloran, salen a la superficie y generan experiencias asincrónicas, un pasado que no se puede

dejar atrás del todo, que colabora en la formación del presente y en las posibilidades de construir un futuro. La multiplicidad de tiempos que evoca o, mejor dicho, que convoca un espacio generan en el texto interpretaciones viscerales y la sensación de ocupar un sitio a partir de acontecimientos dolorosos y de un desasosiego permanente.

Bibliografía

- Aguilar Zéleny, Sylvia. *El libro de Aisha*. México: Penguin Random House, 2021.
- Baeza, Laura. *Niebla ardiente*. México: Alfaguara, 2021.
- Connell, Raewyn. *Masculinidades*. Trad. Irene Ma. Artigas. México: UNAM, 2003.
- Federici, Silvia. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Trad. Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza. Madrid: Traficantes de sueños, 2010.
- Jameson, Fredric. *Ensayos sobre el posmodernismo*. Trad. Esther Pérez, Christian Ferrer y Sonia Mazzco. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 1991.
- Lévy, Clément. *Territoires postmodernes. Géocritique de Calvino, Echenoz, Pynchon et Ransmayr*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2014.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2011.
- Moretti, Franco. *Atlas de la novela europea. 1800-1900*. Trad. Tella Mastrangelo. México: Siglo veintiuno, 1999.
- Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca y López Levi, Liliana. *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*. México: UNAM/UAM, 2015.
- Rivera Garza, Cristina. *El invencible verano de Liliana*. México: Penguin Random House, 2021.
- Segato, Rita Laura. *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños, 2016.
- Tally, Robert. *Topophrenia. Place, Narrative, and the Spatial Imagination*. Indianápolis: Indiana University Press, 2019.
- Westphal Bertrand. *La géocritique. Réel, fiction, espace*. París: Les éditions de Minuit, 2000.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the University Library System, University of Pittsburgh as part of its D-Scribe Digital Publishing Program and is cosponsored by the University of Pittsburgh Press.